

The book cover features a dark, textured background. A large, white, torn-edged shape, resembling a piece of paper or a garment, is the central focus. On this white shape, the title is written in a mix of black and orange-red fonts. Below the title, there is a stylized illustration of a person's face and hair in shades of orange, red, and pink. In the bottom left corner, a small, dark rectangular object, possibly a mobile phone, is depicted. Two thin white rectangular boxes are overlaid on the cover: one on the left side and one on the right side, partially enclosing the author's name.

Que
se me
pare el
CORAZÓN
si te **OLVIDO**

ANDREA MACEIRAS

ANAYA

Que
se me
pare el
CORAZÓN
si te OLVIDO

Aviso de contenido:

Esta novela aborda temas sensibles
como la depresión, la ansiedad,
el acoso y la autolesión.

*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra página web.*

Título original: *Que me pare o corazón se te esquezo*

1.ª edición: septiembre de 2023

© Del texto: Andrea Maceiras, 2023
© Ediciones Xerais de Galicia S. A., 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Ilustración de cubierta: Marina Speer

ISBN: 978-84-143-3571-0
Depósito legal: M-17863-202
Impreso en España - Printed in Spain

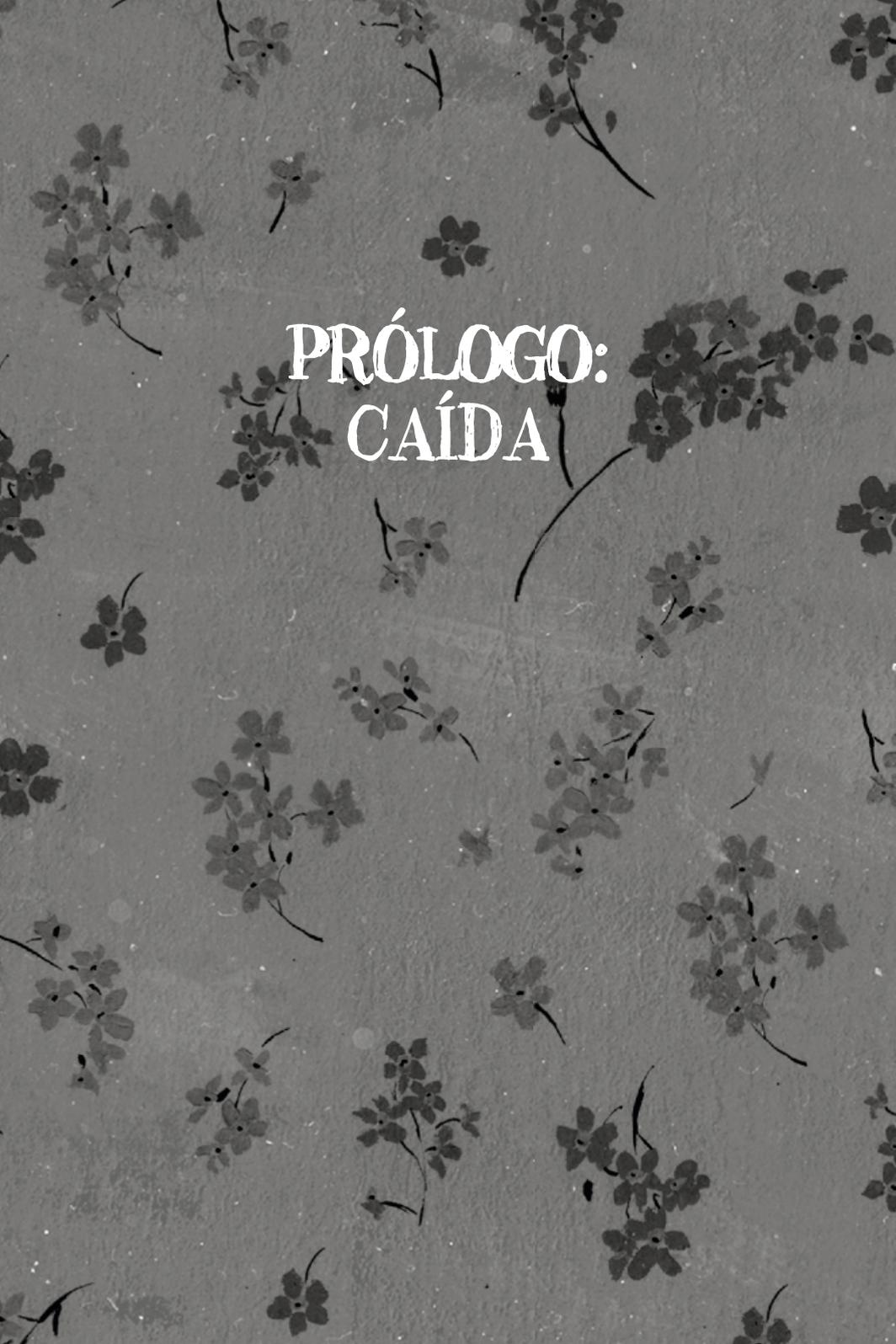


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Que
se me
pare el
CORAZÓN
si te OLVIDO

ANDREA MACEIRAS

ANAYA



PRÓLOGO:
CAÍDA

A nohecía en Nordestal. Blue Shiva comprobó la predicción del tiempo en su móvil. Una luna solitaria, igual que ella misma, y un puñado de insignificantes nubes grises.

Blue Shiva estaba acostumbrada a sombras más oscuras.

Nordestal era una ciudad de inviernos largos. El horizonte se volvía oscuro y, en los peores días, la niebla procedente del mar se extendía desde el Atlántico hasta cubrir la ciudad por completo. Construida sobre una península, la ciudad de Nordestal parecía volcarse hacia el océano, y el mar respondía furiosamente a aquella invasión de edificios y carreteras, rompiendo en grandes olas contra la costa e impregnando el aire de frío y humedad.

Blue Shiva deseó la lluvia. Le gustaba el modo en que le aclaraba los pensamientos. O quizá tan solo era una chica de diecinueve años, asustada y frágil, a quien un chaparrón le serviría de excusa para posponer aquella locura.

«Por favor, que llueva», pensó.

«Por favor, que todo esto acabe», deseó.

Pero la previsión meteorológica no falló aquella noche. Y Blue Shiva había llegado demasiado lejos.

El edificio inacabado se alzaba ante sus ojos, hundiendo sus pilares en la maleza. La pequeña linterna de su móvil resultaba insuficiente para alumbrar aquella mole de diez plantas que había sido abandonada a medio construir muchos años atrás. El musgo se comía las esquinas. La humedad resbalaba marcando lágrimas oscuras sobre el cemento.

Era sombrío.

Era inseguro.

Y era perfecto.

Blue Shiva se sacudió el miedo y sacó de su mochila la cinta elástica en la que había colocado la cámara de vídeo. Se la ajustó alrededor de la frente, a modo de diadema. Pulsó REC sintiendo que se le aceleraba la respiración. Y comenzó a subir, con el frío quemándole las manos desnudas y una emoción feroz mordiéndole el corazón.

No era la primera vez que hacía algo así. En su cuenta de Iriis, la popular red social, Blue Shiva se describía a sí misma como la diosa de los retos virales. Y no mentía. Llevaba una larga trayectoria de pruebas absurdas que hacían enloquecer a sus fans. Se había atragantado al tomar cucharadas de canela en polvo. Y había masticado pastillas de detergente líquido hasta vomitar espuma. Se había abrasado la piel con hielo para dejar en carne viva horribles tatuajes. Se había cortado, quemado y humillado. Se

había prestado a un sinfín de escenas ridículas y peligrosas para ganarse un puñado de *likes*.

No le dolía nada. Y nada la hacía sentir viva. Porque nada era demasiado.

O quizá esta vez sí.

A Blue Shiva le gustaba aguantar la respiración bajo el mar hasta que le estallaban los pulmones y sus amigas debían arrastrarla fuera del agua y sacudirla sobre la arena para que recobrase el aliento. O subir al depósito de agua de Nordestal, tan alto que despuntaba entre el resto de los edificios, y hacerse un selfi de vértigo y escándalo.

¿Por qué? Ella también se había hecho aquella pregunta muchas veces.

No sabía la respuesta. O tal vez sí. Pero ya era demasiado tarde.

La chica con nombre de divinidad hindú quería mantenerse en la cima. Pero el precio por ser *influencer* era cada vez más alto. ¿Hasta cuándo iba a durar aquello? No, no podía dejarse destronar. Porque no conocía otro modo de vida. Ya no era una simple mortal. Ella era la diosa Blue Shiva.

Por eso había escogido aquel reto.

Tardó casi una hora en subir hasta lo alto del edificio inacabado. Su meta era la última placa de cemento, sobre la que debería asentarse el tejado. Cuando por fin la alcanzó, la visión de Nordestal desde las alturas, con sus farolas encendidas, la sobrecogió un instante. Pensó en Hada Oscura. También en

Dante. Imaginó la cara que pondrían cuando les hablase de aquel desafío. Ella salvaje, con los ojos brillantes de admiración. Él contenido, siempre tratando de protegerla. Tan diferentes y tan importantes.

Las dos únicas personas a las que había amado en su vida.

Desafiando al viento, dispuso la cámara sobre el cemento y encendió el equipo de audio, ajustó el sonido, comprobó el plano y, después, se situó al borde del edificio, contemplando la negrura del abismo al otro lado. En paralelo al vacío, trazó una línea de varios metros con tiza blanca, de un lado al otro. El reto consistía en recorrer aquella línea con los ojos vendados. Si fallaba, se precipitaría al suelo sin remedio desde una altura de diez pisos. Si lo conseguía, marcaría sus iniciales en el cemento, como siempre hacía. Una B y una S entrelazadas. La divinidad azul.

Blue Shiva.

Ni siquiera recordaba por qué había elegido aquel nombre. Había sido por la camiseta, claro. Aquella camiseta que le habían regalado sus amigas en el peor día de su vida. Había abierto su cuenta en Iriis poco después, siendo todavía una niña. Y ya no supo parar. Siempre se había sentido así: azul y triste. Destructora y constructora, como el dios Shiva. Capaz de lastimarse hasta el desmayo y, al mismo tiempo, inventora de nuevas formas de entender

el mundo. Porque solo a través del riesgo la vida cobraba sentido para ella.

El resto del tiempo se sentía vacía.

La luna llena brillaba en el cielo. Y, bajo su halo, Blue Shiva era una diosa insignificante. Peligrosa para sí misma como la devastación que le daba nombre. Y frágil. Tan frágil como una chica de diecinueve años caminando a ciegas por la décima planta de un edificio inacabado.

Entonces su pie se descolgó hacia el abismo.

Podía pasar. Entraba dentro de las predicciones para aquella noche. Una luna solitaria, como ella misma. Un puñado de nubes grises, insignificantes. Y la caída a las sombras. A Blue Shiva apenas le dio tiempo a pensar en nada. Tan solo se sintió agradecida por haberse despedido, días antes, de Dante y Hada Oscura.

Después cayó.

Y la noche se tiñó de azul tristeza.

Igual que su corazón.



PRIMERA PARTE:
LUNA

CAPÍTULO 1: DIOSA

LUNA

Fui porque me lo pidió Ada. No me apetecía saltarme las clases de la mañana. Iba a perderme el examen de Matemáticas y probablemente llamarían a casa para avisar de mi ausencia. Faltar al instituto no solo podía costarme un castigo, sino que además me arriesgaba a suspender la asignatura que peor llevaba. Pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Tenía que verlo con mis propios ojos para luego poder contárselo. Sabía que Ada solo me creería a mí. Y también que, en su pequeño y frágil mundo, aquella era una cuestión de vida o muerte.

De lo que no tenía ni idea era de todo lo que vendría después.

Blue Shiva murió durante la noche del jueves al viernes, pero no la encontraron hasta el amanecer. La noticia se hizo pública en el telediario del mediodía, de manera breve y con pocos datos, casi como por obligación. El sábado, la prensa local le dedicó

un artículo de pasada en el que se limitaba a explicar que una joven con las siglas S. G. N. había sido encontrada muerta en extrañas circunstancias. Sin hipótesis ni sensacionalismos, de forma limpia y fría.

Sin embargo, en las redes sociales, todo sucedió de otro modo.

Hacia las siete de la mañana del viernes, la mayoría de los seguidores de Blue Shiva ya se habían enterado del rumor a través de Iriis. Una ola de nerviosismo se disparó entre la comunidad de fans. Apenas podía imaginar el cruce de mensajes desesperados y las ansiosas conversaciones de chat, tratando de confirmar si se trataba de un hecho real o tan solo de un cotilleo malintencionado, un *fake* destinado a confundir.

Porque Blue Shiva era inmortal.

Y, sin embargo, estaba muerta.

* * *

Yo no me enteré por la prensa, ni tampoco a través de las redes. Aquel viernes por la mañana, el grito de Ada me despertó media hora antes de que sonase la alarma de mi móvil. Después, la escuché encerrarse en el baño. Me quedé un instante en la cama, resistiéndome a abandonar el calor de las sábanas. No era extraño que Ada gritase en sueños. Con frecuencia, sus pesadillas eran tan vívidas que algunas noches nos despertaba varias veces. Por ese motivo, sabía que

mis padres no iban a levantarse. Mi familia insistía en que no había que hacer un mundo de todo aquello. Creían que Ada tenía que aprender a gestionar sus terrores nocturnos por sí misma y que prestarle demasiada atención solo contribuiría a aumentar sus crisis.

Yo comprendía que, en realidad, lo que querían decir era que Ada tenía que aprender a vivir sin mí. Claro que también era consciente de que conocía a Ada mejor que nadie. Debía fiarme de aquella co razonada que me decía que había algo diferente en su grito. No era un chillido de pánico, sino un lamento contenido, casi una súplica. Así que me sacudí el sueño y me calcé las zapatillas. Atravesé el pasillo hasta el cuarto de baño y llamé a la puerta. No obtuve respuesta. Escuchaba los sollozos de Ada y también el agua de la ducha, abierta a la máxima potencia. Como mis padres habían retirado los pestillos de todas las puertas de la casa, abrí sin dificultad. Y me interné, una vez más, en el resbaladizo universo de Ada, tan triste y apagado como una habitación a oscuras.

Descorrí la cortina de la bañera sintiendo el calor del vaho en la cara. Ada estaba sentada dentro. El agua casi hirviendo chorreaba por su espalda.

Me impactaba ver a Ada en aquel estado. Me producía una sensación de lástima que me rompía el corazón, pero por debajo de aquella tristeza siempre se escondía una punzada de vergüenza, no sé si propia o ajena. El cuerpo de Ada era casi idéntico al mío,

aunque un poco más delgado. Su melena pelirroja se oscurecía al mojarse, exactamente igual que la mía. Y sus ojos grises eran también mis ojos. Ver la piel pecosa de Ada contrastando con la blancura de la bañera era como ver mi propia piel mojada y desnuda, como adivinar una versión secreta de mí misma que no sabía si existía, pero que por nada del mundo hubiese querido reconocer. ¿Realmente yo era tan frágil como ella? ¿Estaba igual de desconsolada? ¿O éramos tan parecidas por fuera como opuestas por dentro?

Me agaché hasta que mis ojos quedaron a la altura de los de mi hermana gemela.

—Ada, tranquila, solo ha sido un mal sueño —dije.

Ella negó con la cabeza. Me abrazó empapándose el pijama y yo me di cuenta de que el agua caliente de la ducha le había dibujado manchas rosas sobre la piel. Cerré el grifo y luego le devolví el abrazo.

Ardía como si tuviera fiebre.

—No ha sido una pesadilla, Luna —repuso ella—. Está muerta.

—¿Quién está muerta?

—Blue Shiva.

Me sentía sin fuerzas para enfadarme. Dejé que Ada llorase sobre mi hombro mientras me vencía el mismo cansancio de siempre. Otra vez aquel nombre: Blue Shiva. Ya no podía más. Estaba harta de aquella chica. Y de las redes sociales y de la espiral virtual que se había tragado a mi hermana y amenazaba

con dejarla encerrada para siempre en la falsedad de sus promesas.

Porque Blue Shiva no era más que eso.

Una promesa falsa y tóxica.

Sentí la respiración entrecortada de Ada contra mi cuello. Y la ansiedad que le agitaba el pecho, como una tormenta a punto de estallar.

—¿No te das cuenta, Luna? —preguntó Ada—. Sin Blue Shiva, mi vida está vacía. Y lo peor de todo es que ni siquiera sé si es cierto o si se trata de un *fake*. No puedo seguir respirando sin saber si ella está viva o muerta.

No dije nada. Me limité a abrir el agua de nuevo, cogí un poco de champú y lavé cuidadosamente el pelo de Ada. No era la primera vez que duchaba a mi gemela. Durante su peor crisis, incluso había dejado de asearse. Y, como no soportaba que mis padres se acercaran a ella, me convertí en la encargada de acompañarla a la ducha. Yo era bienvenida sin excepciones en la burbuja de Ada, incluso cuando más hundida estaba. Siempre había espacio para mí en aquella neblina azul que la rodeaba en sus momentos más bajos.

Claro que yo no era consciente de los secretos que se ocultaban bajo ella.

—Papá y mamá no me dejarán ir a verla... —murmuró mi hermana.

—Pero ¿para qué quieres ir a verla? —pregunté notando que comenzaba a perder la paciencia.

Escuché el despertador de mis padres. En casa, nos esforzábamos por seguir unas rutinas y por llevar una vida lo más tranquila y ordenada posible por el bienestar de Ada, así que éramos muy rigurosos con los horarios de sueño. Los pasos de mi madre avanzaron por el pasillo hacia el baño. Abrió la puerta.

—Buenos días —dijo con voz somnolienta—. Luna, cariño, ven a desayunar. Ada puede terminar de bañarse sola, ya no es una niña.

Besé el pelo mojado de Ada y salí del baño detrás de mi madre. Me hubiera apetecido quedarme un rato más allí, pero no quería discutir. El abrazo de Ada me había mojado el pijama y me estremecí con el frío del pasillo. Corrí a vestirme. Pero, para cuando me senté a desayunar en la cocina, Ada todavía seguía en el baño.

—Tarda mucho —dije.

Mi padre estaba preparando el café y mi madre exprimía naranjas.

—Ya sabes lo que ha dicho el psicólogo —dijo mi padre—. Hay que dejarla.

Esperaba aquella respuesta, así que insistí:

—¿Y si se está haciendo daño?

—Acuérdate de que ya hemos retirado todo del baño —respondió mi madre—. Las cuchillas de depilar, los peines de púas... No queda nada con lo que pueda lastimarse...

—¿Cómo llevas el examen de Matemáticas? —intervino mi padre cambiando de tema.

—Bastante bien —respondí.

Era verdad. Me lo había preparado a conciencia. Con todo lo de Ada, llevaba un par de cursos siendo muy irregular en los estudios, y ahora que mi gemela parecía más recuperada me tocaba ponerme las pilas. Bastante tenían mis padres con una hija diagnosticada con depresión y ansiedad. Yo no quería ser un motivo más de preocupación para ellos.

Sin embargo, aquella mañana no fui capaz de repasar los apuntes. Me sentía descentrada. Ada no estaba bien y yo no podía olvidar su grito desesperado, ni sus lágrimas en la ducha. Ni lo que me había contado sobre Blue Shiva.

Porque Blue Shiva era inmortal.

Y, sin embargo, estaba muerta.

* * *

Me levanté y volví al cuarto de baño antes de que mis padres pudiesen impedírmelo. Sabía que todo lo que hacían era por nuestro bien, pero yo compartía mucho más ADN con Ada que ellos. Tenía certezas inexplicables sobre mi hermana, presentimientos que mis padres ni siquiera podían imaginar. Me daba igual lo que dijese los psicólogos, los terapeutas, mi propia familia.

Algo iba mal, peor de lo habitual, con Ada.

Abrí la puerta del baño. Ada se había envuelto en una toalla y estaba apoyada en el lavabo, pálida

y un poco mareada. Tal y como yo sospechaba, lo había vuelto a hacer. Ayudé a Ada a sentarse sobre la tapa del váter y presioné una toalla limpia sobre los tres cortes que se había abierto en el muslo, por encima de las cicatrices antiguas.

Observé cómo la sangre manchaba la toalla.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté en voz baja—. Ibas muy bien, Ada, lo estabas consiguiendo...

—No puedo... —me susurró ella al oído.

Entonces levantó la cabeza y me miró. Se le iluminaron los ojos.

—Pero tú sí que puedes —añadió—. Y lo harás por mí, ¿verdad que sí? Si me quieres, irás allí.

—¿A dónde?

—A la explanada al final del paseo. A ver si es cierto lo que se dice de Blue Shiva. Dicen que murió allí.

Por un momento me quedé mirándola sin saber a qué se refería.

—No lo entiendo, Ada... ¿Blue Shiva estaba en Nordestal?

Mi gemela me devolvió la mirada. Casi sonreía cuando me dijo:

—Luna, Blue Shiva vivía en Nordestal.

En ese instante, mis padres entraron en el baño. Mi madre se acercó, cogió las piernas de Ada y las examinó cuidadosamente, mientras mi padre rebuscaba por todo el cuarto. Escondido dentro de un bote de champú vacío, encontró lo que buscaba: un pequeño cúter escolar.